

El primer caso de polio de aquel verano se produjo a comienzos de junio, poco después del Día de los Caídos, en un barrio italiano pobre que estaba en el otro extremo de la población donde nosotros vivíamos. En el ángulo sudoeste de la ciudad, en el barrio judío de Weequahic, apenas nos enteramos, como tampoco oímos hablar de la siguiente serie de casos desperdigados por casi todos los barrios de Newark excepto el nuestro. Hubo que esperar a la festividad del Cuatro de Julio, cuando ya se habían registrado cuarenta casos en la ciudad, para que en la primera plana del periódico vespertino apareciera una noticia titulada «Las autoridades sanitarias alertan a los padres sobre la polio», donde se citaba al doctor William Kittell, inspector del Consejo de Sanidad, quien había prevenido a los padres para que observaran detenidamente a sus hijos y, en caso de que un niño mostrara síntomas como dolor de cabeza, garganta irritada, náuseas, rigidez de cuello, dolor en las articulaciones o fiebre se pusieran en contacto con el médico. Aunque el doctor Kittell reconocía que cuarenta casos de polio eran más del doble de los que solían producirse al comienzo de la temporada, quería dejar claro que aquella ciudad de 429.000 habitantes en modo alguno sufría lo que podría considerarse una epidemia de poliomiélitis. Aquel verano, como todos, había motivos de preocupación, y era necesario adoptar las medidas higiénicas apropiadas, pero aún no había razones para que cundiera la alarma que, veintiocho años atrás, habían mostrado los padres durante el brote más largo de la enfermedad jamás producido: la epidemia

de polio de 1916 en el nordeste de Estados Unidos, cuando se habían dado más de 27.000 casos y 6.000 fallecimientos. En Newark había habido 1.360 casos y 363 muertes.

Ahora bien, incluso en un año en que el número de casos era el habitual, cuando los riesgos de contraerla eran mucho menores que en 1916, la polio, una enfermedad paralizante que dejaba al niño permanentemente impedido y deforme o incapaz de respirar fuera de un recipiente metálico cilíndrico —un respirador artificial llamado «pulmón de acero»—, o que podía conducir desde la parálisis de los músculos respiratorios hasta la muerte, causaba a los padres de nuestro barrio una considerable aprensión y alteraba la tranquilidad de los niños que gozaban de vacaciones veraniegas y podían pasarse el día, hasta bien entrado el largo crepúsculo, jugando al aire libre. La preocupación por las funestas consecuencias de enfermar gravemente de polio se acrecentaba al no existir ningún medicamento que tratara la enfermedad, y ninguna vacuna que proporcionara inmunidad. La polio, o parálisis infantil —como la llamaban cuando se creía que la enfermedad infectaba sobre todo a niños de corta edad—, podía atacar a cualquiera y sin ninguna razón aparente. Aunque quienes la padecían eran generalmente niños o adolescentes hasta los dieciséis años, también los adultos podían resultar gravemente infectados, como le había ocurrido al entonces presidente de Estados Unidos.

Franklin Delano Roosevelt, la víctima más famosa de la polio, contrajo la enfermedad cuando era un vigoroso hombre de treinta y nueve años; a partir de entonces tuvieron que sostenerle para que pudiera caminar y, aun así, debía llevar unas pesadas abrazaderas de acero y cuero desde las caderas hasta los pies sin las que no hubiera podido mantenerse erguido. La institución benéfica que Roosevelt fundó cuando estaba en la Casa Blanca, la March of Dimes, obtenía dinero para la investigación y la ayuda económica

a las familias de los afectados, pues, aunque era posible una recuperación parcial o incluso total, con frecuencia esto solo ocurría al cabo de meses o años de costosa terapia y de rehabilitación en el hospital. Durante la recogida anual de fondos, los jóvenes norteamericanos donaban sus monedas de diez centavos a la escuela para ayudar a la lucha contra la enfermedad e introducían el dinero en las huchas que pasaban los acomodadores en los cines, y tanto en las paredes de tiendas y oficinas como en los pasillos de las escuelas del país entero aparecieron carteles con las frases «¡También tú puedes ayudar!» y «¡Ayuda a combatir la polio!» bajo imágenes de niños en silla de ruedas, una guapa chiquilla con abrazaderas en las piernas que se chupaba el pulgar o un niño acicalado con abrazaderas en las piernas, que sonreía heroicamente lleno de esperanza... Aquellos carteles hacían que la posibilidad de contraer la enfermedad les pareciera incluso más terriblemente real a unos niños por lo demás sanos.

Los veranos eran húmedos en Newark, una ciudad que se halla al nivel del mar, y como estaba parcialmente rodeada de extensas marismas —un gran foco de malaria, que en aquel entonces también era una enfermedad incontenible—, había nubes de mosquitos que era preciso liquidar con el matamoscas o con la palma de la mano cada vez que, por la noche, colocábamos sillas de playa en los callejones y en los senderos de acceso a las viviendas y nos sentábamos para ponernos a salvo del tórrido calor de nuestros pisos, donde, para mitigar aquellas infernales temperaturas, no había más medios que la ingesta de agua helada o las duchas frías. Esto sucedía antes de la aparición del aire acondicionado doméstico; entonces, cuando un pequeño ventilador eléctrico negro, puesto sobre una mesa para que produjera cierta brisa en el interior, ofrecía escaso alivio cuando la temperatura superaba los 32 grados, como sucedió repetidas veces aquel verano durante períodos de una semana o

diez días. En el exterior, los vecinos encendían velas de citronella y rociaban el ambiente con botes de insecticida Flit para mantener a raya a las moscas y los mosquitos, de los que se sabía que eran transmisores de la malaria, la fiebre amarilla y el tifus, y de los que muchos —empezando por Drummond, el alcalde de Newark, que lanzó la campaña «Acabemos con las moscas», extensible a todo el municipio—, creían que transmitían la polio. Cuando una mosca o un mosquito lograban penetrar a través de los mosquiteros de las puertas y ventanas o por una puerta abierta, los inquilinos perseguían tenazmente al insecto con matamoscas y Flit, temerosos de que al posarse con sus patas cargadas de gérmenes en uno de los niños dormidos le inoculara la polio. Puesto que entonces nadie conocía la fuente del contagio, era posible sospechar de casi todo, incluso de los escuálidos gatos callejeros que se acercaban a nuestros cubos de basura en el patio trasero, de los macilentos y hambrientos perros vagabundos que rodeaban a hurtadillas las casas y defecaban en la acera y en la calle, y de las palomas que zureaban en los gabletes de las casas y ensuciaban los escalones de la entrada con sus blancuzcos excrementos. En el primer mes del brote, antes de que el Consejo de Sanidad lo reconociera como una epidemia, el departamento de higiene se puso a exterminar sistemáticamente la enorme población de gatos callejeros, aunque nadie sabía si estos tenían que ver con la polio en mayor medida que los gatos domésticos.

Lo que sí sabía la gente era que se trataba de una enfermedad sumamente contagiosa y que la mera proximidad física a los ya infectados podía hacer que se transmitiese a quienes estaban sanos. Por esta razón, a medida que el número de casos aumentaba imparable en la ciudad, y con ellos el temor de la comunidad, los padres de muchos niños de nuestro barrio les prohibieron utilizar la gran piscina pública del Olympic Park, en la cercana Irvington, les

prohibieron ir a los cines con aire acondicionado y tomar el autobús que iba al centro de la ciudad o viajar por el barrio de Down Neck hasta la avenida Wilson para ver a nuestro equipo de la liga menor, los Bears de Newark, que jugaban al béisbol en el estadio Ruppert. Nos advertían de que no usáramos los lavabos públicos, ni bebiéramos de las fuentes públicas, ni tomáramos un trago de la botella de refresco de un compañero, ni nos resfriáramos, ni jugaríamos con desconocidos, ni sacáramos libros en préstamo de la biblioteca pública, ni habláramos por teléfono público, ni compráramos comida en un tenderete callejero, ni comiéramos hasta habernos lavado a conciencia las manos con agua y jabón. Teníamos que lavar la fruta y la verdura antes de consumirlas, y mantenernos a distancia de cualquiera que pareciese enfermo o se quejase de alguno de los síntomas reveladores de la polio.

Se consideraba que la mejor protección de un niño contra la polio era que huyera de la tórrida ciudad y pasara el verano en un campamento en las montañas o en el campo, o bien a unos cien kilómetros de distancia, en el litoral de Jersey. La familia que podía permitírselo alquilaba un dormitorio con derecho a cocina en una pensión de Bradley Beach, un lugar formado por una playa de arena, un paseo marítimo entarimado y unos chalets alargados que ya llevaban varias décadas siendo populares entre los judíos del norte de Jersey. Allí la madre y los niños irían a la playa para respirar el fresco y tonificante aire del océano durante toda la semana, y el padre se reuniría con ellos los fines de semana y en vacaciones. Por supuesto, se sabía que tanto en los campamentos de verano como en las poblaciones costeras se daban casos de polio, pero como no eran tan numerosos ni mucho menos como los registrados en Newark, existía la creencia generalizada de que mientras que los alrededores de la ciudad, con sus sucias aceras y su insalubre atmósfera, facilitaban el contagio, instalarse en un

lugar desde el que se veía u oía el mar, o en el campo o en las montañas, era la mejor garantía para eludir la enfermedad.

Así pues, los privilegiados favorecidos por la suerte desaparecían de la ciudad durante el verano, mientras que los demás nos quedábamos allí haciendo exactamente lo que no debíamos, pues se sospechaba que el «esfuerzo excesivo» era otra posible causa de la polio: repetíamos un turno de lanzamiento de pelota tras otro y jugábamos un partido de softball tras otro en el ardiente asfalto del patio del colegio, nos pasábamos el día corriendo bajo el calor extremo, bebíamos con avidez el agua de las fuentes prohibidas, entre uno y otro turno de lanzamiento nos sentábamos en un banco, apretujados, aferrando en el regazo el desgastado y mugriento guante que fuera del campo usábamos para secarnos el sudor de la frente y evitar que nos llegara a los ojos, hacíamos el payaso y conversábamos con los polos empapados y las zapatillas apestosas, sin pensar que nuestra imprudencia podría condenar a cualquiera de nosotros a estar encerrados de por vida en un pulmón de acero y a que se hicieran realidad los más atroces temores físicos.

Solo una docena de niñas, más o menos, aparecían por allí, en su mayoría chiquillas de ocho o nueve años a las que normalmente se las veía saltando a la comba en un extremo del patio que daba a un callejón propiedad de la escuela y que estaba cerrado al tráfico. Cuando las chicas no saltaban a la comba, usaban la calle para jugar al tejo, a la petanca, correr las bases, o se pasaban el día entero haciendo botar alegremente una pelota de goma de color rosa. A veces, cuando las niñas saltaban a la comba doble, haciendo girar dos cuerdas en direcciones opuestas, uno de los chicos aparecía espontáneamente y, apartando a la niña que estaba a punto de saltar, brincaba y se ponía a gritar burlescamente la canción favorita de las chicas mientras saltaban,

enredándose a propósito con las cuerdas que pasaban a toda velocidad por encima de su cabeza. «¡H, mi nombre es Hippopótamo...!» Las niñas le chillaban «¡Basta! ¡Basta!», y pedían ayuda al director del centro de verano, quien solo tenía que gritar desde el lugar del campo en que se encontrase al alborotador (casi siempre era el mismo chico): «¡Déjalo ya, Myron! ¡Deja en paz a las chicas o te vas a casa!». Entonces la airada protesta remitía. Pronto las cuerdas restallaban de nuevo en el aire, y una saltadora tras otra entonaba la canción:

*¡A, mi nombre es Agnes
y mi marido se llama Alphonse,
venimos de Alabama
y traemos albaricoques!*
*¡B, mi nombre es Bev
y mi marido se llama Bill,
venimos de las Bermudas
y traemos berzas!*
C, mi nombre es...

Con sus voces infantiles, las niñas que estaban en el extremo del patio improvisaban de la A a la Z y empezaban de nuevo, aliterando los nombres al final del verso, a veces de una manera absurda, en cada ocasión. Al saltar y corretear con entusiasmo —excepto cuando Myron Kopferman y otros como él se entrometían y las imitaban tontamente—, mostraban una energía asombrosa. A menos que el director del centro las llamara y les pidiese que se pusieran a la sombra de la escuela para protegerse del calor, no abandonaban aquella calle desde el viernes de junio en que finalizaba el trimestre de primavera hasta el martes posterior al Día del Trabajo en que comenzaba el trimestre de otoño y solo podían saltar a la comba después de la escuela y durante el recreo.

Aquel año, el director del centro de verano era Bucky Cantor, quien, debido a una deficiencia visual que le exigía llevar unas gafas de gruesos cristales, era uno de los pocos jóvenes que no estaba luchando en la guerra. Durante el curso anterior, el señor Cantor se había convertido en el nuevo profesor de educación física de la escuela elemental Chancellor Avenue, por lo que a muchos de los que frecuentábamos el centro de verano ya nos conocía de sus clases de gimnasia. Aquel verano tenía veintitrés años, y era graduado por South Side, la escuela de enseñanza media de Newark a la que iban alumnos de diversas razas y religiones, y licenciado por la Universidad Panzer de Educación Física e Higiene, en East Orange. Medía aproximadamente un metro sesenta y cinco, y aunque era un excelente atleta y un temible competidor, su estatura, combinada con su vista deficiente, le había impedido formar parte de los equipos universitarios de fútbol, béisbol o baloncesto, y en las competiciones entre centros docentes había limitado su actividad deportiva a la jabalina y la halterofilia. Coronaba su cuerpo compacto una cabeza de buen tamaño, cuyos rasgos estaban formados por ángulos muy pronunciados: pómulos anchos y muy marcados, frente alta, mandíbula angulosa y una nariz larga y recta con un puente prominente que prestaba a su perfil la agudeza de una silueta grabada en una moneda. Sus labios carnosos estaban tan bien definidos como sus músculos, y tenía el cutis atezado durante todo el año. Desde la adolescencia llevaba el pelo muy corto, al estilo militar, un corte que hacía resaltar sobre todo sus orejas, no porque fuesen demasiado grandes, que no lo eran, ni tampoco porque las tuviera muy pegadas a la cabeza, sino porque, vistas de lado, su forma era muy parecida a la del as de picas de la baraja o a las alas en los pies alados de la mitología, con unos extremos superiores que no eran redondeados, como lo son en la mayor parte de las orejas, sino que casi terminaban en punta. Antes de

que su abuelo le pusiera el apodo de Bucky, los amigos de la infancia con los que jugaba en la calle le llamaban As, sobrenombre inspirado no solo por su precoz excelencia deportiva sino por la insólita configuración de sus orejas.

El conjunto de los planos oblicuos de su cara hacía que los ojos de color gris humo —unos ojos alargados y estrechos como los de un oriental— parecieran profundamente encajonados, como si no estuviesen insertos en órbitas, sino en cráteres. La voz que surgía de aquel rostro delineado con tanta precisión era, inesperadamente, bastante aguda, pero no por eso el aspecto del joven resultaba menos imponente. Era un rostro de hierro forjado, resistente al desgaste, revelador de una asombrosa energía, el rostro de un joven robusto en quien podías confiar.

Una tarde de principios de julio, dos coches llenos de italianos del instituto East Side, muchachos de entre quince y dieciocho años, aparcaron en la entrada de la calle residencial que había en la parte de atrás del edificio, donde estaba situado el patio. El East Side se encontraba en el sector de Ironbound, el barrio pobre industrial donde hasta entonces habían sido más numerosos los casos de polio en la ciudad. En cuanto el señor Cantor los vio llegar, dejó caer su guante al suelo —estaba jugando como tercera base en uno de nuestros encuentros de softball— y corrió hacia los diez forasteros que se habían apeado de los dos coches. Su trote era atlético, con los pies torcidos hacia dentro, y los niños que jugaban en el patio ya lo imitaban, así como su resuelta manera de elevarse mientras apoyaba en el suelo la parte anterior de la planta del pie para avanzar y la ligera oscilación de sus fornidos hombros al caminar. Algunos de los chicos habían hecho suyo su porte en general, tanto dentro como fuera del terreno de juego.

—¿Qué venís a hacer aquí? —les preguntó el señor Cantor.

—Estamos propagando la polio —respondió uno de los italianos. Era uno de los primeros que había bajado del coche y dado unos pasos con aire arrogante—. ¿No es así? —añadió y, pavoneándose, se giró hacia el grupo, que le apoyaba.

En aquel momento el señor Cantor se percató de que estaban buscando pelea.

—Más bien parece que estáis propagando problemas —le dijo el señor Cantor—. ¿Por qué no os largáis de aquí?

—No, no —insistió el chico italiano—, no hasta que hayamos propagado algo de polio. Nosotros la tenemos y vosotros no, así que hemos pensado venir aquí y propagarla un poco.

Mientras hablaba, el muchacho se balanceaba sobre los talones hacia delante y hacia atrás, para mostrar lo duro que era. El descaro con que tenía metidos los pulgares en dos presillas delanteras de sus pantalones era tan útil para expresar su desprecio como su mirada.

—Soy el director de este centro —dijo el señor Cantor, señalando por encima del hombro hacia nosotros, los niños—. Os pido que os marchéis. Aquí no tenéis nada que hacer, y os pido cortésmente que os vayáis. ¿Qué decís?

—¿Desde cuándo hay una ley contra la propagación de la polio, señor director de este centro?

—Mira, la polio no es ninguna broma. Y hay una ley contra la alteración del orden público. No quiero tener que llamar a la policía. ¿Qué os parece si os marcháis por propia iniciativa antes de que llame a los agentes para que se os lleven de aquí?

En aquel momento, el jefe de la jauría, que era por lo menos quince centímetros más alto que el señor Cantor, dio un paso adelante y escupió en el suelo. Dejó allí un viscoso gargajo, a unos pocos centímetros de las zapatillas del señor Cantor.

—¿Qué significa esto? —le preguntó el señor Cantor.

Seguía hablando con voz serena y, con los brazos firmemente cruzados sobre el pecho, era la encarnación de la inflexibilidad. Ningún alborotador del Ironbound iba a ganarle la batalla ni a acercarse a sus chavales.

—Ya te he dicho lo que significa. Estamos propagando la polio. No queremos que os quedéis sin ella.

—Oye, basta ya de gansadas —dijo el señor Cantor, y dio un rápido y furioso paso adelante, situándose a pocos centímetros del rostro del italiano—. Te doy diez segundos para que des la vuelta y te largues con los demás.

El italiano sonreía. En realidad, no había dejado de sonreír desde que se había bajado del coche.

—¿Y entonces qué? —preguntó.

—Ya lo he dicho. Voy a llamar a la policía para que se os lleven de aquí.

Entonces el italiano escupió de nuevo, esta vez al lado de las zapatillas deportivas del señor Cantor, y este llamó al chico que había estado esperando para ser el siguiente en batear y que, como todos nosotros, observaba en silencio cómo el señor Cantor se enfrentaba a los diez italianos.

—Jerry —dijo el señor Cantor—, corre a mi despacho y telefona a la policía. Diles que les llamas de mi parte y que necesito que vengan.

—¿Qué van a hacer, encerrarme? —le preguntó el jefe de los italianos—. ¿Van a meterme en el talego por escupir en tu preciosa acera de Weequahic? ¿También eres el dueño de la acera, cuatro ojos?

El señor Cantor no respondió; se limitó a permanecer entre los chavales que habían estado jugando a la pelota en el terreno asfaltado a sus espaldas y la pandilla de italianos, todavía en la calle, en el borde del patio, como si cada uno de ellos estuviera a punto de tirar el cigarrillo que estaba fumando y blandir un arma de repente. Pero cuando Jerry regresó del despacho del señor Cantor en el sótano, donde había seguido las instrucciones y telefonado a la poli-

cía, los dos coches y sus amenazadores ocupantes habían desaparecido. Unos minutos más tarde, cuando llegó el coche patrulla, el señor Cantor pudo darles los números de matrícula de ambos vehículos, que había memorizado durante el enfrentamiento. Solo después de que la policía se hubiera ido, los niños que estaban detrás de la valla empezaron a ridiculizar a los italianos.

Resultó que había esputos en toda la amplia extensión de la acera donde se habían congregado los italianos, unos dos metros cuadrados cubiertos por una sustancia húmeda, viscosa, repugnante, que ciertamente parecía el terreno de cultivo ideal de la enfermedad. El señor Cantor pidió a dos chicos que bajaran al sótano de la escuela en busca de un par de cubos, los llenaran de agua y amoníaco en la portería y echaran el agua en la acera hasta que quedara completamente limpia. Al observar a los chicos que eliminaban los esputos el señor Cantor recordó la ocasión en que, cuando contaba diez años de edad, tuvo que limpiar el suelo tras haber matado una rata en la trastienda del colmado de su abuelo.

—No hay por qué preocuparse —les dijo el señor Cantor a los muchachos—. No volverán. La vida es así —añadió, una frase que su abuelo decía con frecuencia—. Siempre ocurre alguna cosa extraña.

Volvió al patio y se reanudó el juego. Los muchachos que observaban desde el otro lado de la valla metálica de dos pisos de altura que rodeaba el patio se habían quedado muy impresionados al ver que el señor Cantor se enfrentaba a los italianos de aquella manera. Su actitud confiada y decidida, su fuerza de levantador de pesos, el hecho de que cada día jugara a lanzar pelotas con nosotros, y que lo hiciera lleno de entusiasmo, todo ello le había convertido en el favorito de los chavales asiduos al centro de verano desde el día en que empezó a trabajar como director; pero después del incidente con los italianos se convirtió en un hé-

roe, un hermano mayor idolatrado, protector, heroico, sobre todo para los chavales que tenían a sus propios hermanos mayores en la guerra.

Poco después, aquella misma semana, dos de los chicos que habían estado en el patio cuando llegaron los italianos no volvieron a presentarse para jugar a la pelota. La primera mañana, los dos se habían despertado con fiebre alta y el cuello rígido, y la segunda noche, cuando la debilidad de sus brazos y piernas aumentaba sin cesar y tenían dificultades respiratorias, hubo que trasladarlos al hospital en ambulancia. Uno de los muchachos, Herbie Steinmark, era un alumno de octavo llenito, afable y torpe al que, debido a su ineptitud para los deportes, se le solía asignar al exterior derecho del campo y era el último en batear; el otro, Alan Michaels, también de octavo curso, se encontraba entre los dos o tres mejores atletas del grupo, y era el muchacho que había llegado a tener una relación más estrecha con el señor Cantor. El de Herbie y el de Alan fueron los primeros casos de polio en el barrio. Al cabo de cuarenta y ocho horas había once casos más, y aunque ninguno de los niños afectados había estado aquel día en el centro, por el barrio se extendió el rumor de que los italianos habían traído la enfermedad al sector de Weequahic. Puesto que hasta entonces su barrio era el que había registrado el mayor número de casos de polio de la ciudad y en el nuestro no se había producido ninguno, se creía que, fieles a su palabra, los italianos habían cruzado aquella tarde la ciudad de un extremo a otro para infectar intencionadamente a los judíos con la polio, y que lo habían logrado.

La madre de Bucky Cantor había muerto durante el parto, y los abuelos maternos habían criado al niño en un bloque de pisos de alquiler de la calle Barclay, frente a la parte baja de la avenida Avon, que albergaba a doce familias y se